

obvias razones humanitarias, sino por imperativo de capital humano, única riqueza que va quedando a nuestros depauperados países.

Vimos con particular interés la segunda parte de las cuatro en que se ha dividido al libro. Trata de las experiencias directas sobre sus países expusieron algunos delegados: el de Tangañika, Túnez, la India, Venezuela, Polonia, Unión Soviética y Estados Unidos. A nuestro entender, lo que podría aportar grandes enseñanzas o ilustrar sobre importantes experiencias, se queda en propaganda sobre los logros conseguidos en Estados Unidos o la Unión Soviética, pero sin analizar los métodos o sistemas específicos que allí se siguieron.

Por parte de los subdesarrollados, el de Tangañika es el más interesante, hay realidad y sinceridad en lo que plantea. El informe de V. K. Rao, de la India, nos recordó la indignación de René Du-

mont, el gran técnico en reforma agraria, quien, cuando visitó ese país, observó los problemas existentes y la forma en que trataban de solucionarlos, manteniendo las incommensurables desigualdades económicas y sociales. Héctor Hurtado, de Venezuela, habla de su país como del emporio de soluciones a los más agudos problemas de planificación.

Aunque quizá sea pedir mucho, creemos que hubiera sido de utilidad un estudio que cuantificara la situación en general de la infancia y juventud en los países subdesarrollados, que sirviera de base para una mejor apreciación del tema en su conjunto.

La infancia y la juventud en la planeación del desarrollo es un libro positivo que marca pautas por las que se pueden canalizar o profundizar las inquietudes que se tengan sobre este apasionante tema.

RODRIGO ASTURIAS

ESCRITOS ROMANTICOS

RAFAEL LÓPEZ, *Prosas transeúntes*, Ediciones de Bellas Artes, México, 1966, 190 pp.

En impecable edición, el Instituto Nacional de Bellas Artes, al través de su Departamento de Literatura, nos ofrece, ahora reunidas en un libro, las prosas de Rafael López, las cuales fueron apareciendo, hace más o menos cincuenta años, en el viejo diario *El Universal*.

Rafael López fue, esencialmente, un poeta. De tono menor, no cabe duda, aunque su obra (no muy vasta, por cierto) ha recibido los elogios y la atención de algunas personalidades críticas como Alfonso Reyes y José Luis Martínez. El primero dijo de Rafael López que era "poeta de apoteosis, fiesta plástica, sol y mármol, que después buscó emociones más universales, tras de haber embriagado su adolescencia en los últimos haxis del decadentismo". José Luis Martínez incluyó uno de sus trabajos ("Los alcaldes de la provincia") en su compilación de *El ensayo mexicano moderno*.

Las *Prosas transeúntes* son generosas en imágenes de tipo costumbrista. Los temas preferidos por Rafael López (probablemente porque sus escritos debían aparecer en un diario) son los que se refieren a fiestas, viajes y localidades mexicanas. Describe, de manera agradable y plástica, un paseo por la Alameda o por Tepotztlán, dibujando imágenes a la manera de López Velarde, de quien fue contemporáneo y amigo. Su estilo es claro y preciso, limpio; los razonamientos expresados a través de él son cuidadosos aunque en ocasiones, utilizando la sátira y la ironía, están muy lejos de favorecer a los temas y personajes de que tratan. Podemos decir que la prosa de Rafael López es calmada, pero llena de colores superficiales que jamás

hieren los ojos del gusto. Es de suponerse que para un amante de la literatura extranjera contemporánea las *Prosas transeúntes* pueden resultar provincianas, faltas del vigor que ha caracterizado a la prosa de nuestro tiempo; sin embargo, también es posible aducir, en favor de una prosa como la de López, que el lector razonable y culto sabe apreciar diferentes clases de literatura, admirarlas en proporción al espíritu impregnado en ellas y a la forma, lograda o no, de su expresión.

Como buen poeta, y sobre todo como poeta "dulce", Rafael López usa palabras tenues que predicán o reflejan la melancolía. Sus prosas, describen lugares y hechos cotidianos. Siempre comienzan con un razonamiento ambivalente: por un lado indican lo que López piensa y por otro lo que López siente. A medida que la lectura avanza, uno se da cuenta de que se transita por un camino a veces metafórico, a veces realista, pero jamás frío. Cuando el viaje a través de las imágenes termina, López nos despide (y despide al tema) con una frase llena de un lirismo que (¡oh sorpresa!) había estado presente desde el primer párrafo, desde la primera palabra.

La lectura de las *Prosas transeúntes* nos descubre el deleite que aún propicia un romanticismo injustamente vituperado en la actualidad y un lenguaje llano, sencillo, logrado que podría ilustrar mucho, en lo que a forma literaria se refiere, a algunos prosistas mexicanos que rechazan una tradición literaria nacional poco reconocida hasta la fecha.

ALBERTO DALLAL

¿REVOLUCIÓN IGUAL A INDUSTRIALIZACIÓN?

IRVING LOUIS HOROWITZ, *Revolución en el Brasil*, Colección Popular, Tiempo Presente, Fondo de Cultura Económica, México, 1966.

Si la incomunicación que afecta a los países latinoamericanos —situación que vivimos lamentando sin que, en realidad, hagamos algo muy efectivo por superarla— hace que nuestra información de sus problemas sociales característicos y comunes sea tan limitada, al extremo de que en muchos casos se manifieste en completo desconocimiento, en el caso del Brasil apenas si se sabe de su existencia, formando parte de los de "Nuestra América", a través de las informaciones cablegráficas no siempre bien intencionadas. Del Brasil se dice con mucha insistencia, eso sí, que es un pueblo por esencia musical, todo belleza para el turista, en fin, que todo es felicidad.

Horowitz se ha propuesto brindarnos una imagen del Brasil real, de un gigante reprimido en su desarrollo por intereses económicos que le son extraños y adversos, bajo el control de instrumentos políticos y sociales, locales y extranjeros, asociados en contra de núcleos populares que se preparan a dar la batalla que pueda llevarlos al encuentro de soluciones confirmadoras de su soberanía nacional. Recoge, por lo tanto, las contradicciones que encarna la realidad brasileña en su propia entraña y en su relación con los Estados Unidos, país que ejerce una influencia determinante en su economía y, con ello, en su atrofiado desarrollo. Lamentable es, sin embargo, que esas contradicciones no en todos los casos alcancen una síntesis expositiva, al traslucirse a lo largo del ensayo como contradicciones en el planteamiento del autor.

Para la edición en español, Horowitz elaboró una introducción, especie de biografía de su libro, en la que formula una aguda crítica de los estudios de carácter antropológico-social que los norteamericanos realizan del Brasil y de los demás países latinoamericanos. En éstos, la realidad aparece deformada siempre por una serie de prejuicios e intereses convencionales que se anteponen a la investigación. Cuando se habla del Brasil se relatan muchas anécdotas, pero se silencia el alarmante hecho de que el 80% de la población ocupa menos del 15% de la tierra. O bien que de sus 75 millones de habitantes, aproximadamente 32 tienen menos de quince años y que de los 43 millones en edad de trabajar, 23 prácticamente están al margen de la economía monetaria por estar privados de trabajo regular. Éstos y otros datos igualmente pavorosos afloran de la auscultación de Horowitz, que penetra el complejo de la estructura brasileña en la diversidad de sus relaciones.

Horowitz advierte que el sector campesino constituye la fuerza potencial más importante de donde

surgirá la lucha definitiva de emancipación económica y política del Brasil, con la cual debe unirse el contingente de trabajadores industriales conjugando sus demandas e intereses. Precisamente a la falta de un trabajo organizativo de mayor efectividad entre los campesinos atribuye las limitaciones del Partido Comunista brasileño, encuadrado en el estilo táctico soviético. Por lo mismo, encuentra que las mejores perspectivas están del lado de las Ligas Campesinas organizadas y dirigidas por Juliao, más adictas a los planteamientos de la línea china, aunque inclinadas a mantener la resistencia pasiva como forma de lucha. Conviene en que Juliao es un socialista gandhiano. Y esto podría explicar en alguna medida la falta de combatividad demostrada por las Ligas Campesinas frente al golpe que derrocó a Goulart, debilidad de la que, por cierto, sólo responsabiliza al Partido Comunista, al cual lo hace aparecer coincidiendo, por su actitud crítica hacia Goulart, con las corrientes contrarrevolucionarias. Sin embargo, alguna declaración del propio Juliao, que recoge Horowitz, obligaría a un análisis más profundo de lo sucedido: "Querría que hubiera otros medios que la fuerza, pero contra los terratenientes y los imperialistas sólo la fuerza puede triunfar".

Horowitz parece comprender, valiéndose de su propia investigación, que la revolución en el Brasil, que él entiende como un proceso continuado que viene debatiéndose, alcanzará su meta de completa emancipación sólo mediante los cauces del socialismo. Y no obstante, al argumentar favorablemente en ese sentido, sostiene que el incremento del proceso de industrialización, en condiciones de menor voracidad de los inversionistas extranjeros, sería capaz de evitar la solución socialista al conseguirse una distribución económica justa. Entre otras medidas propone que el poder político de los Estados Unidos no se solidarice con las compañías inversionistas norteamericanas, para ejercer un control moderador que vaya mitigando los sentimientos de adversidad que tiene el pueblo brasileño hacia los Estados Unidos, derivado del tratamiento que recibe de tales compañías. Muy extraño nos parece que un sociólogo que ha investigado el funcionamiento de los intereses económicos y financieros norteamericanos pueda sugerir ese utópico deslinde entre el ejercicio del poder político y las fuerzas económicas que lo hacen posible.

De todas maneras, el estudio de Horowitz nos ilustra con mucha agudeza de la situación social y política que ha vivido el Brasil en los últimos años.

JOSÉ LUIS BALCÁRCEL